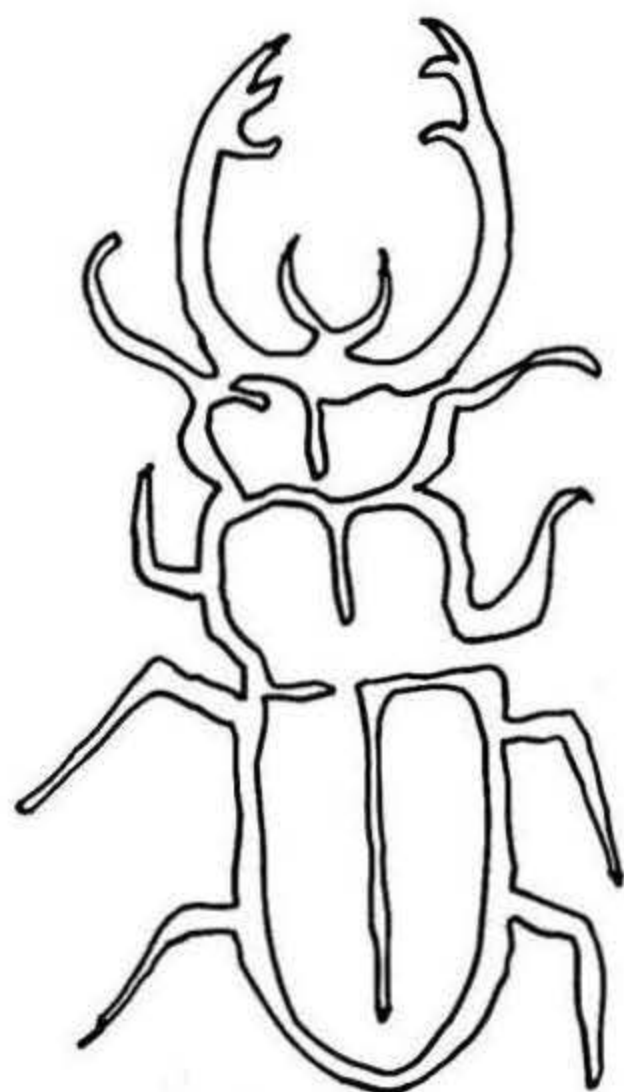


sueños, sin importar cuándo ni cómo se va a arribar.

El Expreso del Hielo levantó muchas esperanzas de paz y por la restauración del transporte ferroviario. La aventura de este viaje permite recuperar un poco y reflexionar sobre este importante medio de transporte; las naciones más desarrolladas industrialmente se mueven sobre rieles, mientras vemos como en Colombia se sacrifica una amplia estructura ferroviaria por los intereses de los monopolios. Qué bueno sería ver pasar de nuevo las locomotoras nacionales, transportando la producción nacional en vagones atestados de riquezas de nuestro suelo, mientras se saborea un viudo de capaz frente al paso elevado de Flandes. Al llegar el Expreso del Hielo a su última estación, más que llegar a un objetivo, lo que hizo fue abrir de nuevo un camino cerrado por las contradicciones de equivocadas estrategias para enfrentar el progreso. El transporte férreo es un medio de comunicación universal que involucra sus estaciones con sus gentes y sus historias. Con la llegada del tren, el pueblo siente que no se han olvidado de él.



Cuarenta y cinco días duró la empresa, definida por algunos como una experiencia única, característica de los viajes que tienen trascendencia para el hombre. Con seguridad que muchos años después, cuando los niños que maravilló sean ancianos, contarán a sus nietos que un día fueron a ver el hielo

gracias a unos gitanos que lo traían de tierras remotas; estas son experiencias que, como un espejismo, quedan por siempre en la memoria de todos los que la vivieron.

Al final del libro se presenta una abundante bibliografía en español y en francés. La edición apeló a un buen material fotográfico que, en páginas centrales, ilustra aspectos de un viaje constituido en prueba de que el tren puede llevar felicidad a muchas regiones de Colombia y, algo también importante, que mientras los fundamentos políticos, étnicos o religiosos de las personas se encuentren, la cultura tiene el poder de la transformación. Concluida la fantasía, queda pendiente la realidad del tren.

HERNÁN ADOLFO GALÁN CASANOVA

- ¹ Ramón Chao, *Un train de glace et de feu. La Mano Negra en Colombie*, Paris, Editions de la différence, 1994, 262 págs.
- ² Ramón Chao: Escritor español, crítico literario del diario Le Monde y jefe de las emisiones en español de Radio Francia Internacional. Sus libros más destacados son:

- *Después de Franco, España* (Madrid, Felmar, 1976).
- *El lago de Como*, novela (Argos-Vergara, 1982).
- *Palabras en el tiempo. Conversaciones con Alejo Carpentier* (Argos-Vergara, 1984).
- *La maison des lauriers-roses*, novela (Christian Bourgois, 1987).
- *Un posible Onetti* (Barcelona, Ronsel, 1994).

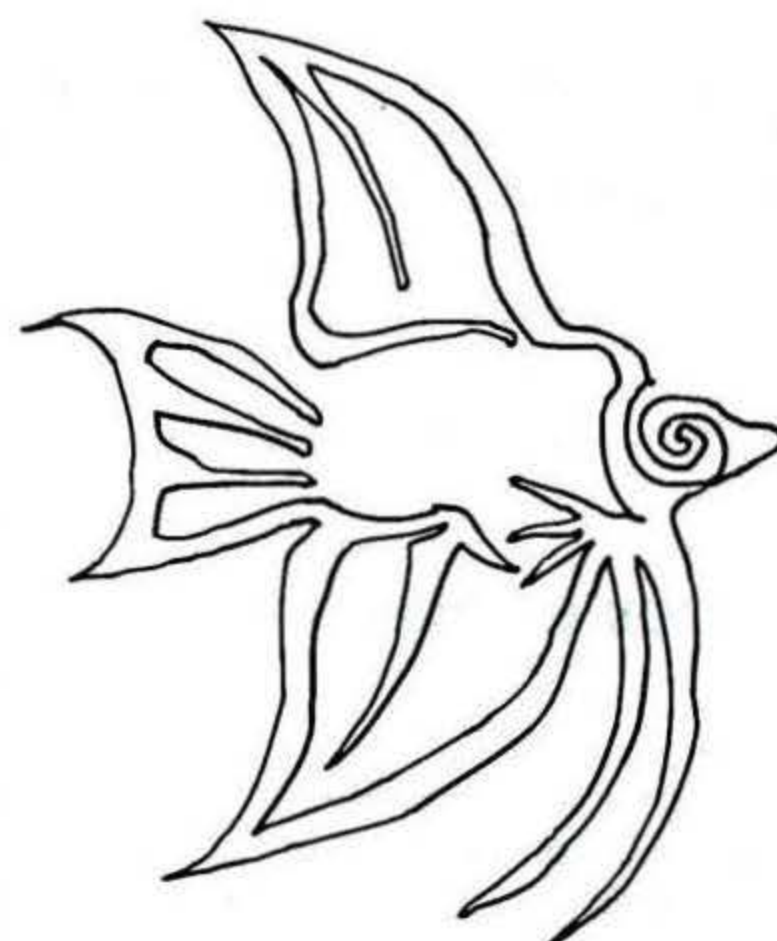
El hombre que sólo sabía hacer versos

Todo nos llega tarde.
Biografía del poeta colombiano
Julio Flórez

Gloria Serpa-Flórez de Kolbe
Planeta, Santafé de Bogotá, 1994,
355 págs.

Se trata de hacer la biografía de un poeta. Es claro que los poetas, como el resto de los mortales, *viven*, es decir, nacen, se crían, se educan (en lo posible),

trabajan (incluso si ese trabajo es literario), tienen amigos, se cartean, comen, viajan, ocupan una residencia, opinan, aman, mueren, etc... Esto es, también, como otros tantos mortales, producen actos —hechos— y los padecen. Así también los hombres públicos, los pintores, los médicos, los sastres de la corte o el antepasado de una familia. Y alguien, un día, decide escribirles su biografía. Entonces acoge aquí y allá información sobre los distintos actos que el hombre “produjo” o padeció, los ordena en el tiempo y, con esos datos fragmentarios (nadie puede recordar ni de cerca la totalidad de su vida), elabora la biografía.



Pero toda biografía tiene su historia. El ejemplo tradicional —el de biógrafos eminentes, como Emil Ludwig o Giovanni Papini— es la biografía del “gran hombre”, del “genio”, que por sí sola está justificada si se es capaz de decir cosas antes no dichas o sabidas. Pero también se escriben biografías de héroes locales (de un país, de una ciudad, de un departamento), biografías de familiares —un bisabuelo o tatarabuelo que tuvo su prestancia en una época determinada— y biografías de fundadores, iniciadores o promotores de una empresa, una institución, una comunidad, una obra colectiva. Es decir, de alguna manera la biografía es un género épico, pues atañe al preconcepto de la importancia colectiva del biografiado, no importa el tipo de colectividad que supuestamente comparta ese criterio.

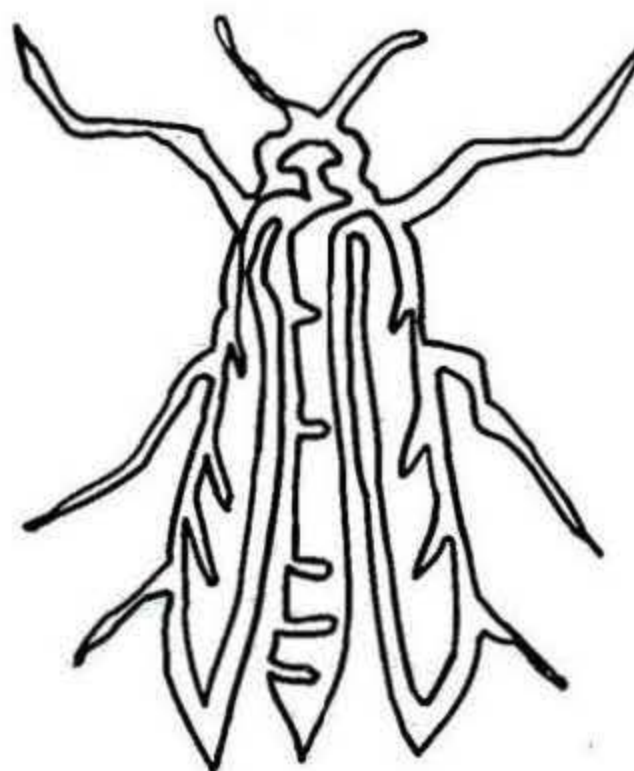
Julio Flórez, quién podrá negarlo, es un personaje resonante de nuestras letras, concretamente de nuestra poesía. Fue y ha sido, como lo hace resaltar en particular esta biografía de Gloria Serpa-Flórez de Kolbe, un poeta popular. Y en esta y no en otra razón (a pesar del parentesco que existe entre la señora Serpa y su biografiado) ha de buscarse el sentido cabal de esta vida de Flórez, lo mismo que en cualquier otra que sobre el poeta chiquinquireño se escriba. Lo mismo ha de decirse de la que escribió su colega y en muchos aspectos su semejante Aurelio Martínez Mutis (*Julio Flórez. Su vida y su obra*).

Lo anterior supone, cualquiera que sea el enfoque que la biografía proponga, una versión ulterior de esa "popularidad", y por tanto una versión ulterior —no necesariamente crítica— de la obra poética del personaje. En el caso de Flórez, toda biografía elaborada hoy no podrá pasar por alto, sin mengua de la solidez biográfica, el hecho de que la crítica literaria actual, en general, con excepción de no despreciables salvamentos de voto, ha menospreciado la obra del poeta de Chiquinquirá, o por lo menos la ha bajado de su antiguo pedestal de poeta coronado y la ha reducido, finalmente, a unos cuantos logros esporádicos de versificador inspirado. Lo cual quiere decir que emprender hoy la biografía de Julio Flórez, por muy pariente que se sea del bardo, implica una confrontación de fuego con la obra: repito, si no un análisis crítico de la misma, sí por lo menos un husmear dentro de su sentido, sobre todo a la luz del fenómeno de su inmensa popularidad.

Es claro que el reparo que hago a *Todo nos llega tarde* (expresión que no vemos cumplida o interpretada en ninguno de los hechos que aquí nos cuentan) es la falta de conexión entre la vida y la obra, o la forzosa y cuasimágica conexión que a veces quiere establecerse. Pero ello tiene otras implicaciones dentro de los hechos mismos cuya relación tenemos a la vista.

En primer lugar, salta a la vista que la documentación de la señora Serpa es exhaustiva —como lo ha sido cierta investigación— y que se ha propuesto de muy buena fe no dejar ni un solo dato de la colección sin contexto: para

lo cual ha recurrido a fuentes de toda índole, desde entrevistas, testimonios personales y una nutrida recopilación de hemeroteca, hasta fuentes históricas propiamente dichas. El "marco histórico" es en esta biografía de una enorme utilidad y permite entender la interacción del poeta-personaje con la época pero también sus vínculos y coincidencias con la "república literaria" de entonces. Esto es: *Todo nos llega tarde* ofrece una convincente ubicación de Flórez en el contexto del tardío romanticismo liberal ante una cada vez más sofocante hegemonía conservadora, en que la Iglesia demoniza al partido libertario y a sus ideólogos (de hecho, es ella la que crea el ambiente macabro y blasfemo que utiliza el propio Flórez para su cementerio poético, interesante afirmación que enuncia la señora Serpa, aunque sin desarrollar sus implicaciones). Por otra parte, está el ambiente de la Gruta Simbólica, sus anécdotas y testimonios. Todo ello dibuja con vigor la figura del personaje —su silueta, mejor— en un trasfondo sociohistórico que a la postre desaparece porque Flórez —lo deja saber esta biografía— es esencialmente un solitario y termina por abandonar el país y luego, a su regreso, por aislarse —con su familia— en una provincia alejada del mundillo literario y político.



Pero en segundo y último lugar, la mutua relación entre el poeta solitario —y *maudit*— y su figura de hombre público —poeta público— no está explicada satisfactoriamente. No está explicada su obsesión religiosa, que lo lleva a la blasfemia pero también a la letanía; no está explicado cuál es su

"compromiso" con las clases populares, teniendo en cuenta que él nunca perteneció a ellas y si alguna vez —no hay demostración fehaciente— aguantó hambre lo hizo como parte de su postura "bohemia", gastando en ajeno sin preocupación —pues no era casado entonces—; no está explicada la postura política de su poesía ni por qué se dice que fue un perseguido político: los sonetos *Al chacal de mi patria*, dirigidos al ministro de Guerra Aristides Fernández, caricaturizan y maldicen a un personaje tenido por sanguinario y cruel en la época, lo cual no basta para afirmar que ello sea poesía política; fue justamente Fernández quien lo encarceló por sus diatribas personales, pero ello no comprueba que fuese un perseguido del régimen; antes bien, se hace saber que Miguel Antonio Caro lo apreciaba, tanto que intentó no pasarlo por la censura en una presentación pública —era la excepción—, aunque finalmente esa censura se ejerciese ante la creciente preocupación del mandatario por el orden público. Finalmente, sobre su "destierro" tampoco hay un dato cierto, sino más bien la idea de que, respetuoso del renombre precoz del poeta, el gobierno conservador lo aleja de la bohemia bogotana para que lleve su poesía a otros países de Latinoamérica, y al final de ese periplo es nombrado diplomático en España, cargo que acepta y ejerce hasta su regreso, nunca impedido.

En todo ello, pues, parece que se quisiera avalar la leyenda del autor de *La araña*, de adherir sin análisis al axioma de su popularidad, de continuar el mito negro que lo sostiene como poeta excepcional. Pero no deja de advertirse que, a su regreso del "destierro", el poeta olvida toda esa parafernalia "de gloria y de genio" que él mismo había querido construirse. Por lo menos, la señora Serpa le hace el favor de presentarnos objetivamente ese desdén que sirve de nuevo punto de partida para una revisión de su obra. Y el favor de ofrecernos testimonios desmitificadores, como éste de Eduardo Castillo, que ella no comenta pero que son elocuentes: "Para que nada faltase a su popularidad, durante la pasada guerra civil un ministro de mano algo pesada le hizo el servicio de enviarlo por ocho días a la cárcel. Y esto le proporcionó una dichosa oportu-

tunidad para darse aires huguescos y escribir los sonetos *Al chacal de mi patria*, que podrían llamarse sus *Petits chatiments*".

ÓSCAR TORRES DUQUE

De los ejércitos electorales al ejército nacional

El ejército y las elecciones.

Ensayo histórico

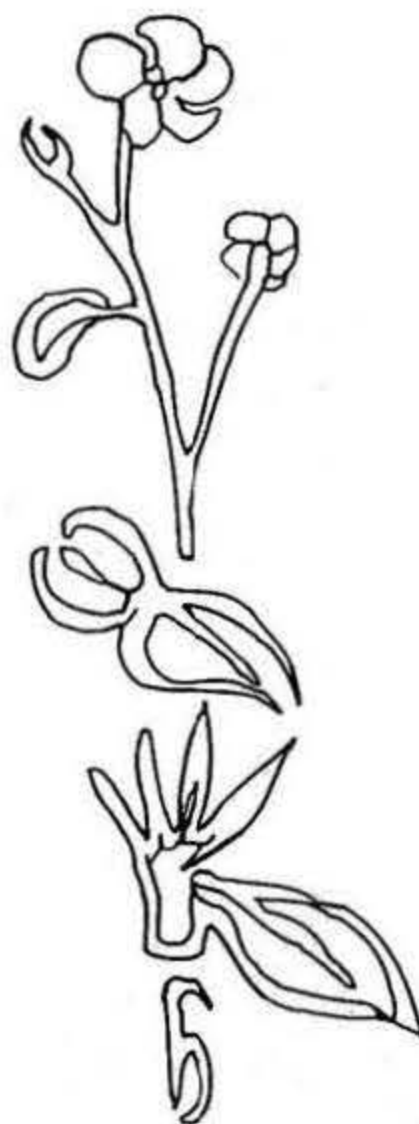
Patricia Pinzón de Lewin

Cerec, Santafé de Bogotá, 1994,
205 págs.

En 1933, el ministro de Guerra recibió el siguiente mensaje: "Evitar sangriento conflicto siempre deplorable pero más estos momentos peligro nacional, rogámosle enviar ejército municipio Bolívar, próximas elecciones". No era ni la primera ni la última vez que desde alguno de los tantos municipios colombianos se pedía la colaboración del ejército para garantizar el orden público durante las contiendas electorales. Dos años antes, cerca de 150 municipios habían solicitado la colaboración de la fuerza pública con similares objetivos. Para estos municipios era claro que la presencia de los soldados servía para contener los conflictos que amenazaban con desbordarse.

En este ensayo, novedoso y bien documentado, Patricia Pinzón de Lewin ha trazado la historia del papel del ejército en las elecciones colombianas, desde los orígenes de la república hasta el advenimiento de la dictadura en 1953. Pinzón de Lewin describe cómo de un ejército de partido, "aún de facción", los colombianos pasamos a contar con un ejército que, en la medida en que se profesionalizaba, se fue convirtiendo en árbitro de las disputas electorales y, como tal, en guardián del orden constitucional. Visto desde otra perspectiva, este libro es la historia de cómo se fue formando la tradición civilista en el ejército colombiano.

El de Patricia Pinzón de Lewin es un trabajo doblemente novedoso. En primer lugar, viene a enriquecer el abandonado campo de la historia electoral en Colombia. En segundo lugar, al estudiar las relaciones entre las elecciones y el ejército, este ensayo arroja luces sobre un tema de enorme interés para la historia política del país, igualmente poco estudiado: la violencia electoral. En ambos casos, su análisis desafía viejos estereotipos y lugares comunes. Su narrativa y sus argumentos vienen acompañados del uso sistemático de diversas fuentes, entre las que se destacan las memorias de los ministros de Guerra, los relatos de los protagonistas y los documentos consulares. Debido al enfoque cronológico, el trabajo se vuelve a ratos repetitivo, aunque sirve al propósito de mostrar la evolución de las funciones del ejército al vaivén de nuestra historia política.



La participación del ejército en la vida electoral del país ha estado llena de matices. Durante el siglo XIX, su presencia en las urnas, si bien significativa, estuvo lejos de ser un factor determinante en los resultados. Ante todo, sus números no sumaban. Patricia Pinzón de Lewin ha identificado con claridad las cifras: 500 en 1857, 450 en 1859, 800 en 1864. Diez años más tarde, el ministro británico en Bogotá observaba que, con escasos 1.500 soldados, el ejército colombiano prácticamente no existía. Es cierto que la tropa

se incrementó a partir de 1880 bajo la fórmula regeneradora de Rafael Núñez. Se necesitaba del ejército para imponer orden. Pero su influencia en las elecciones siguió siendo limitada.

Siempre existió la tentación de utilizar a los soldados como electores. Tal era con frecuencia uno de los argumentos de quienes eran derrotados en las urnas para ilegitimar los resultados electorales. Sin embargo, frente a las elecciones, los miembros del ejército a menudo se dividían, como lo hacían casi todos los colombianos. Así sucedió en 1875, uno de los ejemplos más claros de la ineficacia electoral de un ejército políticamente dividido. Durante la segunda década de este siglo, por lo menos en la costa, los conservadores no podían confiar en unas guarniciones donde la mayoría de sus reclutas eran liberales. Y ya para entonces el ejército se había decidido informalmente por una política de abstencionismo, impulsada inicialmente por la Unión Republicana. Cuando finalmente a comienzos de la década de 1930 se prohibió el voto para los militares en servicio activo, muchos oficiales no se sintieron afectados por la ley, pues, como lo recordaría más tarde el general Bayona Posada, "nunca habíamos votado".

La intervención del ejército no debe buscarse, pues, en las urnas. Su papel histórico en las elecciones, sobre todo después de 1909, fue con frecuencia el de servir de árbitro de conflictos. A petición casi siempre, hay que advertirlo, de las mismas autoridades civiles. Y, también hay que advertir, muchas veces el ejército cumplía este papel a regañadientes. Así lo comprueba la respuesta del ministro de Guerra a la solicitud de intervenir en los conflictos del Tolima en 1916: "Este despacho considera que el servicio de guardar elecciones no corresponde al ejército". A largo plazo, el ejército surgiría como garante del orden constitucional, apegado a una tradición civilista que le debe mucho al movimiento Republicano de Carlos E. Restrepo, a la generación del Centenario y, en particular, a las enseñanzas de don Tomás Rueda Vargas.

Recordaba el historiador español Carlos Dardé cómo, a falta de elecciones durante la dictadura franquista, los académicos en su país se dedicaron a